Año XI. Jueves 6 de Febrero de 1902 Núm. 237.

LA ACADEMIA CALASANCIA

ÓRGANO DE LA ACADEMIA CALASANCIA DE LAS ESCUELAS PÍAS

DE BARCELONA

Sección Oficial

Acta de la sesión privada celebrada el día 8 de Diciembre de 1901

Presidiendo el Sr. Burgada y Juliá y con asistencia de bastantes señores académicos, reunióse la Academia Calasancia en sesión privada, siendo leída el acta de la anterior que fué aprobada.

La Presidencia dió cuenta de haber sido admitidos como académicos supernumerarios los señores Areñas, Adarn, Rodríguez, Villar y Caballería.

Reanudóse luego la discusión del tema expuesto por el señor Martorell, acerca de los problemas contemporáneos de las ciencias naturales.

Usó de la palabra el Sr. Parpal y Marqués vice-presidente de la Academia y después de felicitar á los que le habían precedido en el debate, se congratuló se hubiese insistido en este curso sobre un asunto de tanta importancia.

Manifestó su complacencia de que en la presente discusión se hubiese acudido al campo de la fisiología para exponer las distintas opiniones de la escuela transformista, elogiando las obras de nuestro ilustre maestro P. Llanas quien ha tratado magistralmente esta cuestión.

Hizo presente que conforme había anunciado iba á ocuparse del transformismo bajo el punto de vista filosófico é histórico y de este modo refutar las doctrinas sustentadas por el Sr. Batalla con las cuales no se hallaba conforme.

Estudiando el proceso de la teoría evolucionista dijo que en él había dos tendencias, la de los que sólo admiten fuerza y materia produciendo ambas el mundo por generación espontánea y la de los que admiten un Creador que formó un proto-tipo, un proto-organismo del cual han salido todos los seres. De la primera doctrina manifestó no trataría por cuanto ninguno de los académicos la había defendido, ni podían hacerlo por ser contraria á los dogmas de la Iglesia.

En cuanto á la segunda se basa en tres leyes: la lucha por la existencia por multiplicarse las especies; la selección, natural consecuencia de esta lucha, pereciendo las especies inferiores, y la he-

rencia acumulando como la anterior perfecciones en los nuevos seres.

La materia inorgánica jamás puede pasar á orgánica como pretende la teoría evolucionista, dijo el Sr. Parpal, por cuanto es principio filosófico *nemo dat quod non habet* y mal pueden dar los seres inorgánicos á los orgánicos la vida por cuanto no la tienen. La vida, esta actividad que distingue uno y otro mundo, es peculiar de los vegetales, de los animales y del hombre, pero de distinta manera por cuanto los primeros sólo tienen la vegetativa, los segundos esta y la sensitiva y el hombre añade á las anteriores la racional y estas tres vidas que se juntan en el hombre por lo cual se le llama microcosmos, jamás pueden confundirse, ni hallarse en cada uno de los reinos de la naturaleza más vida que la suya propia.

Partiendo de la hipótesis de admitir el evolucionismo, dice que de ser esto cierto se encontrarían y vivirían las especies de transición y sin embargo ni una sola de éstas se ha hallado á pesar de los inauditos esfuerzos hechos por los partidarios de dicha teoría.

La conceptúa anti-filosófica, añade el disertante, por falta de método y de principios. El método empleado es basarse en conjeturas é hipótesis, jamás presenta hechos, ni conclusiones categóricas; afirma la existencia de un proto-tipo y no lo explica, proclama la existencia de especies intermedias y no las encuentra y no puede ser de otra manera por cuanto de existir los tipos de transición tendrían caracteres contradictorios participando de las especies extremas y esto no puede ser, porque son antitéticos los componentes. El mundo orgánico no puede pasar á ser orgánico por las razones ante dichas y en este punto explica la creación del universo según el Génesis, haciendo hincapié en el verbo hebreo *bara* (creó) para demostrar que quiere decir ello hizo Dios el mundo de la nada, pues tal es el sentido de la palabra creación.

Es anti-histórica tal doctrina, manifiesta el Sr. Parpal, por cuanto los hechos contradicen las leyes en que se funda. La selección no existe ni las especies inferiores han desaparecido, antes al contrario, es un hecho la innumerable existencia de éstas; faltan las especies intermedias y con respecto al hombre, debido á esta selección, á la herencia, tendría que ser perfecto teniendo alguna de las perfecciones que tienen los otros seres, como el vuelo, las aves, y vemos que no es así.

Pero suponiendo bueno el evolucionismo en cuanto al cuerpo, aunque ya se ha probado no lo era, evidencia el Sr. Parpal que no podrá explicar jamás como ha nacido la vida y como ha adquirido el hombre las facultades psíquicas que posee, si no acude al Génesis y ve en él que el hombre después de haber sido formado de barro, recibió un soplo divino que se convirtió en alma y este origen superior del hombre que le realza ha sido admitido por todos los pueblos.

Se extiende en otras consideraciones sobre el mismo asunto demostrando cuan absurda es la escuela evolucionista y termina manifestando que la buena filosofía rechaza aquélla, admitiendo dentro de cada especie el impulso teleológico de conseguir perfecciones.

Seguidamente pidió la palabra el Sr. Martorell, contestando á

los varios académicos que habían discutido el tema propuesto, rectificando varias veces los Sres. Batalla, Parés, Parpal y Martorell.

El señor Presidente hizo el acostumbrado resumen del debate sostenido, levantándose la sesión y anunciando para la próxima el tema «La autonomía universitaria» de cuyo desarrollo estaba encargado el Sr. Parpal y Marqués, que había ofrecido presentar las oportunas conclusiones.

Y se levantó la sesión.

Barcelona 8 Diciembre 1901.

El Secretario,
A. SOLÁ Y LLENAS.

Acta de la sesion privada de 12 de Enero de 1902

Bajo la presidencia del Sr. Burgada y Juliá, celebró la Academia sesión reglamentaria, actuando de secretario el infrascrito.

Manifestó la presidencia que no podía ser leída el acta de la sesión anterior por no hallarse todavía redactada; y formuló las preguntas reglamentarias sobre si había algún señor académico que deseara hacer uso de la palabra.

No habiéndola pedido nadie, y excusada la asistencia del Vicepresidente Dr. Parpal y Marqués, que debía disertar sobre el tema: «La autonomía universitaria,» manifestó el Sr. Presidente que en su lugar haría algunas consideraciones respondiendo á la vez á recomendaciones del Sr. Presidente del Consejo Supremo de las Sociedades Católicas de Barcelona y á lo que demandaban las circunstancias actuales.

Expuso el Sr. Burgada la necesidad de atender á la clase obrera para restituir al seno de la Iglesia á los que se encuentran de ésta apartados por haber correspondido á voces de seducción de explotadores sin conciencia.

Declaró que el problema obrero es en la práctica el más importante de cuantos ofrece la cuestión social y que su solución, más que en las disquisiciones de los so iólogos doctrinarios, se encuentra en la evangélica fórmula que años atrás dió en el Senado el cardenal Monescillo: «Pan y hojas de Catecismo.»

Pan, en cuanto se debe proporcionar á la clase menesterosa todo el bienestar posible hasta como medio de preparación para ejercer en ellas saludable influencia moral, pues no hay medio más seguro que el desprendimiento generoso para atraerse la voluntad del hombre necesitado.

Catecismo, porque muchas veces la miseria proviene más de la sobra de vicios que de la escasez de recursos, y claro es que la práctica de la doctrina cristiana implica la reducción y extinción del vicio, al par que infunde al hombre sobrenatural aliento para hacer frente á los contratiempos y penalidades.

En apoyo de sus asertos estudió el Sr. Burgada la manera de ser de una gran parte de los obreros de las grandes ciudades, que son las que más se quejan, aún disfrutando de buenos jornales, porque á las necesidades naturales de la familia y á las atenciones

de honesta expansión, añaden las exigencias de cafetín donde muchos obreros dilapidan la mayor parte de sus jornales.

Con la escasez se apareja la desesperación en hombres á quienes se ha arrebatado la fe cristiana, y de la desesperación surgen los estados anormales, como las huelgas que estamos presenciando, y que saben explotar hábilmente los declamadores sin oficio, profesión ni rentas, que viven á expensas de los obreros poco avisados, que son en gran número.

Añadió que es necesario hacer lo que éstos pero con fines contrarios, esto es: bienquistarse con los obreros, ganar sus simpatías para atraerlos al buen camino.

Sobre todo hay que tener especial cuidado en preparar el porvenir de los niños pobres, para regenerar á la sociedad, y en este concepto panegirizó la obra de la Escuela Pía, la de los Talleres Salesianos y la de las Conferencias de San Vicente de Paul, invitando á los señores académicos á que engrosaran las filas de esta última donde personalmente se puede hacer mucho bien, sin grandes molestias.

Terminó el Sr. Burgada y Juliá recomendando una vez más la iniciativa privada, sobre la base del desprendimiento; y no habiendo más asuntos que tratar, levantó la sesión.

El Secretario accidental,

JOSÉ CASTANY Y GELATS.

Acta de la sesión privada del día 19 de Enero de 1902

Abierta la sesión por el Presidente Sr. Burgada, el infrascrito leyó dos actas: la del día 8 de Diciembre y la del 12 de Enero, siendo aprobadas.

El Sr. Parpal quejóse de algunas deficiencias observadas en Secretaría.

El Sr. Culilla pidió que se fijara un plazo para publicar en la Revista las críticas de las obras recibidas.

El Sr. Parpal mostróse disconforme con el Sr. Culilla en la fijación de plazo para la publicación de las críticas, por ser trabajo bastante comprometido el de dar juicio exacto de una obra.

El Señor Presidente contestó á la interpelación del Sr. Parpal haciéndose cargo de sus quejas respecto á Secretaría, y añadió que además la Presidencia en la sesión anterior había tenido que suplir al disertante.

Respecto á lo manifestado por el Sr. Culilla, dijo que todos los académicos tienen derecho á exponer sus quejas para la mejor marcha de la Academia, pero no ve la necesidad de fijar plazo para la redacción de las críticas; lo único que puedo hacer—dijo,—es recomendar á los señores académicos que tengan críticas por hacer, el efectuarlas lo más pronto posible.

A continuación concedió la palabra al Sr. Parpal para desarrollar el tema anunciado sobre autonomía universitaria.

Después de manifestar lo que se propone, el disertante afirma que la enseñanza es una función social y no función del Estado;

hace una alusión á los grandes centros docentes alemanes. La Iglesia—dice—tiene el derecho y el deber de enseñar y también lo tiene la paternidad. Si el Estado no puede dar leyes, por ejemplo, á los padres para la alimentación de sus hijos, ¿cómo puede darlas para el alimento del espíritu, para la enseñanza?

Afirma que el Estado no puede obligar á acudir á los centros docentes oficiales, pues los padres tienen el derecho de escoger maestros para sus hijos. Dice que el fijar las materias sobre que deben versar los estudios en todo el Estado, es improcedente, porque puede haber estudios que convengan á una región por su carácter especial y nó á otras. Se dirá que existe la enseñanza libre, pero esta no lo es, pues debe ajustarse á los programas oficiales. Los centros libres de enseñanza deben tener vida propia, si el Estado les impone trabas no podrán vivir; además, dice, con la existencia de los centros libres, se entablará una competencia que redundará en beneficio de la Enseñanza, y además los padres podrán gozar del derecho de escoger maestros para sus hijos.

Dice que ya que toda persona jurídica tiene que cumplir un fin y el de las universidades se lo ha dado la sociedad y no el Estado, éste no puede coartar la libertad de aquéllas.

La autonomía de las universidades debe ser verdadera; deben organizarse por sí y nombrar su personal docente. Las universidades autónomas de cada región podrán así implantar en cada una de éstas los estudios que más le convengan, como por ejemplo, el estudio de su legislación propia.

Reconoce en el Estado el derecho de crear centros docentes para completar y mejorar las deficencias de los centros libres y el de ejercer cierta tutela sobre éstos fijando las reglas generales á que éstos deben sujetarse.

Terminó el Sr. Parpal diciendo que no se había extendido mucho en el desarrollo de su tema para dejar ancho campo á su discusión.

El Presidente, después de terminar el disertante, le felicitó por su interesante conferencia y propuso que ya que era muy adelantada la hora se aplazara la discusión para la sesión próxima, y así lo acordó la Academia.

Expuso luego que había recibido una comunicación del concertista de piano de la Academia Sr. Estradé en la que pide que le despida de todos los señores académicos, pues tiene que permanecer algún tiempo en París. Propuso la Presidencia á la Academia otorgara un voto de gracias al Sr. Estradé por el interés que siempre se había tomado por nuestra sociedad y así se hizo por unanimidad; y después de anunciar la sesión pública para el domingo próximo, levantó la sesión.

El Vicesecretario

ANTONIO BRUNA DANGLAD

El domingo día 16 del actual celebrará la Academia Calasancia sesión privada reglamentaria, continuando en ella la discusión del tema «La autonomía universitaria.»

Lo que se avisa á los académicos para que asistan á dicho acto. Barcelona 3 de Febrero de 1902.

El Presidente, JUAN BURGADA Y JULIÁ.

El Secretario, A. SOLÁ Y LLENAS.

LA PESTE BUBÓNICA

Es quizás la infección aguda que más víctimas ha producido y cuyo conocimiento se remonta á las épocas más remotas, pues parece por varios pasajes de la Sagrada Escritura que la peste fué conocida entre los orientales desde tiempo muy antiguo y cuyos desastrosos efectos no se experimentaron en Europa hasta que empezó ésta á comerciar con los pueblos de Africa y de Asia. En tiempo de Justiniano invadió toda la Europa causando millones de víctimas especialmente en Marsella durante el año 503 de nuestra Era, según se deduce de las palabras de Aymonio: «En aquellos tiempos hubo una gran mortandad en Marsella y en las demás ciudades de la Provenza de resultas de una enfermedad que producía ciertos tumores del tamaño de una nuez en las ingles y en las partes más delicadas del cuerpo.» En 588 aparece de nuevo la peste en Marsella á causa de llegar á dicha ciudad un navío español cargado de mercancías que estaban infectadas y que fueron compradas por los habitantes de la misma ciudad, siendo tal el número de los muertos que las cosechas quedaron en los campos por no haber quién las recogiese. Desde esta época hasta 1347 hay un largo paréntisis respecto á la historia de la peste de Levante, la cual azotó de nuevo á Marsella reduciéndola á una tercera parte de habitantes y desde allí se extiende por toda la Francia. Al año siguiente, al invadir á Aviñón en tres días causó 1400 víctimas; hizo igualmente horrible estragos durante los años 1374 y 1390 y durante los siglos XV, XVI y XVII produjo horribles hecatombes, quedando la Europa poco menos que diezmada.

En nuestros tiempos aparece en Bombay, donde produce muchas víctimas; llega hasta Oporto y merced á las medidas higiénicas adoptadas no se extendió, así como no se han extendido los focos que han aparecido en Viena, Marsella, Italia y otros sitios donde ha asomado la cabe-

za, era cruel enfermedad cuyo origen está en el Asia entre los ríos Tigris y Eúfrates y también en el norte de Africa.

La causa de la peste bubónica nos es hoy perfectamente conocida gracias á Jersin, quien en 1894 descubrió el coco-bacilo que lleva su nombre, al mismo tiempo que el célebre bacteriólogo japonés Kitarato, de quién la anatomía patológica así como la bacteriología le son deudoras de importantes estudios. Dicho germen aislado por Virle, tiene una forma redondeada y algo alargada; se colorea fácilmente por medio de los colores básicos de anilina, y se descolora por el procedimiento de Graham.

Este coco-bacilo se halla en todos los atacados y en muchos animales, sobre todo en las moscas, pulgas y en las ratas, que son la causa de que se propague grandemente la infección, como veremos después. Respecto á las moscas ha habido quién ha recogido determinado número de ellas, las ha machacado y diluído é inoculado un animal con un poco de dicho líquido se ha producido la citada enfermedad.

¿Cómo entra en nuestro organismo? De una manera categórica no puede responderse por ahora á esta pregunta; pero no cabe duda de que ó bien entra por la piel ó bien por las mucosas, siendo de éstas la que ofrece más franca entrada al coco-bacilo la mucosa nasal y después la bucal, abonando esta idea la pronta aparición de los infartos ganglionares submaxilares.

Es de presumir que el contagio no sólo se establece de hombre á hombre, ya directamente, ya por medio de sus ropas, pues muchas veces se ha podido seguir la pista de la peste bubónica por la presencia de algún viajero que procedente de punto infectado ha ido sembrando, como reguero de pólvora, la enfermedad por donde ha pasado. Otras veces sucede que sale un vapor de la India, se dirige á Oporto, por ejemplo, y durante la travesía no ha habido ningún caso de peste, y no obstante aparece la peste en Oporto; no habiéndose explicado este caso de contagio hasta que después de muchas observaciones se ha venido en conocimiento de que las ratas son las responsables del mismo, ya que introduciéndose en las bodegas de los buques unas á otras van propagándose la infección, y al llegar el buque al puerto se colocan los puentes de madera para poner en comunicación éste con el muelle, y bien por este

procedimiento ó bien por estar dentro de las cajas de mercancías saltan á tierra y empieza la infección levantina, tramitiéndose directamente de las ratas al hombre ó por el intermedio de las pulgas, las cuales saltan de aquéllas á éste.

Esto es lo más fácil y así Simpsons hizo notables observaciones sobre el particular, notando que las ratas sanas apenas tienen pulgas, pero cuando caen enfermas se apoderan de ellas y para probarlo cogió dos ratas, la una sana y la otra enferma, la primera limpia y jabonada y la segunda llena de pulgas; las encerró en una jaula separadas por un tabique de alambre, murió la enferma y entonces las pulgas abandonaron la muerta y atravesando el tabique se apoderaron de la sana, tramitiéndole la peste y ocasionándole la muerte. Hay todavía otro dato para demostrar como son las ratas las transmisoras de la enfermedad pestífera, cual es el que las epidemias empiezan siempre por los pisos bajos, y es de presumir que sube desde las alcantarillas conducida por las ratas, siendo mayor la infección en los barrios antiguos y sucios que en los nuevos y limpios. Ante tales noticias horroriza el pensar lo que pasaría en Barcelona y en otras ciudades si por desgracia el bacilo de Jersin nos visitara, teniendo en cuenta los miles y miles de ratas que viven en las alcantarillas. A las pocas horas de llegar un buque infectado las mismas ratas se encargarían de traernos á domicilio tan temible huésped, y si por añadidura fuese durante el estío con tantas moscas y pulgas la epidemia sería espantosa, si bien las rigurosas medidas de aislamiento y desinfección que se observarían evitarían quizás que el mal no alcanzara aterradoras proporciones. Pero como más vale prevenir que evitar, se nos ocurre preguntar ¿qué medidas se han tomado en Barcelona para que dado caso que viniere la peste pudiésemos nosotros estar tranquilos? ¿poseemos por ventura una higiene urbana modelo? ¿tenemos estufas de desinfección y locales á propósito para trasladar allí los enfermos atacados de peste? ¿contamos, en fin, con todos aquellos medios que la ciencia médica contemporánea aconseja para atajar aquélla? En caso afirmativo podemos felicitarnos de tener autoridades tan previsoras y un Gobierno tan protector, pero en caso contrario, deseemos únicamente que la peste nos coja confesados, ya que no se conoce enfermedad que produzca mayor mortalidad que las que nos ocupa.

Vamos á describir en breves líneas un caso clásico de peste bubónica (pues se comprende fácilmente que pueden haber variantes y complicaciones diversas según las estaciones, higiene, edad, temperamento, etc., etc.), y como la mayoría de las enfermedades infecciosas dividiremos su estudio en los períodos de incubación, invasión, de estado y terminación.

Incubación.—No están todavía de acuerdo los autores para poder precisar los días que dura la incubación, ya que dicho período pasa desapercibido para el atacado; sin embargo, la mayoría están contestes en que el mínimum es de tres días y el máximum de doce.

Invasión.—Es súbita é infebril; el enfermo empieza por tambalearse cual si se hallara borracho, pierde el color, cambíase su fisonomía, la que se presenta con un aspecto de tristeza y de resignación cual si presintiera el terrible embate de la enfermedad de que va á ser víctima. Un síntoma constante que aparece en este período, que dura dos días y en algunos casos seis ú ocho horas, es una cefalalgia más ó menos intensa acompañada de náuseas, vómitos, vértigos y aturdimiento.

El *período de estado* que sigue al anterior se caracteriza por la fiebre que llega hasta 41° y 42° y aumento también de las pulsaciones de 90 á 130 por minuto. El rostro deja su palidez para tomar un color encendido, ojos inyectados y pupilas contraídas, experimentando el enfermo un calor interior intenso que le molesta grandemente. Respecto al aparato digestivo lo más notable es el abultamiento del vientre debido á la hepato y esplenomegalia; en el respiratorio la disnea es la característica, así como también no es infrecuente la tos acompañada de espectoración. El sistema nervioso está diversamente alterado según las epidemias: las hay que ofrecen un cuadro de delirio ya tranquilo, ya frenético, siendo acometidos los atacados á veces de impulsos suicidas, otros por el contrario están tristes y con mirada lánguida y en estado más ó menos comatoso; en la secreción urinaria predomina la tendencia no sólo á la oligouría, sino hasta á la anuria; y después de uno ó dos días presenta el apestado el verdadero carácter patognomónico de la peste, cual es la aparición de los bubones, que al presentarse hacen disminuir la pirexia sintiéndose algo aliviado y con una mejoría fugaz. Los puntos predilectos de aparición de los bubones son en los

ángulos de la mandíbula, en las axilas y en las ingles, pudiendo aparecer, no obstante, en otros sitios del cuerpo, presentándose á los dos días ó antes con cierta pastosidad, amoratándose la piel que por fin se abre dando salida á un pus que al principio es espeso y amarillento volviéndose más tarde seroso y hasta sanioso.

Al finalizar su evolución los bubones entra el apestado en el período de *declinación favorable ó adversa*, siendo esto último lo más frecuente, ya que en virtud de asociaciones bacterianas presentase la puhoemia con escalofríos seguidos de ráfagas de calor, quedando colaprado el enfermo y con pocas resistencias para sobrellevar tan terrible infección; á menudo los bubones van acompañados de diviesos, antrax, carbunclos, erisipelas, que aumentan la gravedad del mal; mas en los pocos casos favorables la convalecencia es larga, ya que hay que reparar los estragos que el coco-bacilo de Jersin ha producido.

Tratamiento: puede ser profiláctico y curativo, individual y general: el profiláctico individual consistirá en un lavado muy minucioso de manos y cara y á ser posible un baño general, pero no basta esto solamente, sino que hay que tener cuidado con las ropas de los que tienen de estar en contacto con los atacados, y las de estos últimos deben quemarse ya que el fuego es el único elemento verdaderamente antiséptico que conocemos. En lo referente al tubo digestivo aunque esta vía no sea la más apropósito para la infección, no estará de más que los alimentos se tomen recién hervidos ó cocidos y que las frutas susceptibles de lavarse, se laven convenientemente. Respecto á profilaxis general antiguamente se acudía al sistema de acordonamiento que se explica perfectamente en aquellos tiempos en que no era conocido el germen, pestífero é ignoraban por tanto que la infección pudiese propagarse por el aire, aguas, ratas, moscas, pulgas, no sirviendo para nada contra dichos medios, el acordonamiento que hoy por fortuna ha pasado ya á la historia no sólo por lo anticientífico, sino también por lo antihumanitario; el sistema seguido en nuestros tiempos es el de investigación y desinfección en la estufa cuyos procedimientos no tienen los inconvenientes y perjuicios del sistema cuarentenario y de acordonamiento. En lo tocante á tratamiento curativo particular y general, antiguamente se usó casi toda la terapéutica pues se recetaban los purgantes, los diuréticos, los

revulsivos, los sudoríficos y hasta las sangrías; mas el tratamiento moderno estriba en la administración de los excitantes en el primer período de invasión, como los alcoholes, éteres, cafeína, quina, etc., y en el período de estado de la enfermedad que es el de pirexia está indicada la balneoterapia ya que el baño á más de bajar la cifra térmica, activa las funciones de la piel y riñones y tonifica el sistema nervioso y por lo que atañe á los bubones los incindirán con el bisturí ó el termocauterio y se harán curas antisépticas. Sin embargo en nuestros días lo que priva es la meroterapia no sólo como agente profiláctico, sino también como agente curativo, siendo el mismo Jersin el primero que hizo estudios sobre el suero antiséptico y observó que en los cadáveres de los apestados existía en gran abundancia el coco-bacilo en los bubones y demás órganos linfoides y que alrededor de las *torres del silencio*, sitios donde se depositan los cadáveres en la India sin sepultarlos ni amortazarlos, abundaban en gran número las ratas y las culebras muertas debido á dicho coco bacilo. Reunidos estos datos y algunas otras observaciones empezó Jersin los verdaderos trabajos de meroterapia inyectando en el caballo cultivos cada vez más virulentos del bacilo pestífero y logró, tras repetidos ensayos, inmunizar al caballo, sacó suero de éste y lo inyectó en un ratón al cual más tarde se le inoculó un cultivo directo de la parte y ésta no se produjo. Habíase dado entonces un gran paso hacia la profilaxis mas no eran estas solas las aspiraciones de Jersin ya que su ideal era buscar un suero que fuera á la vez profiláctico y curativo y para probarlo inyectó el suero virulento en algunas ratas y observó que á las veinticuatro horas estaban ya atacadas de peste les inoculó el suero de caballo y obtuvo bastantes curaciones quedando con estos experimentos comprobada la eficacia curativa del suero de caballo. Trasladóse más tarde á Bombay y desde allí se fué á Hong-Kong para ver si la clínica comprobaba lo que le había demostrado la patología experimental y pudo observar que el suero inyectado en el hombre produce una inmunidad transitoria ya que su acción profiláctica dura solamente tres semanas, duración muy corta, si se compara con la duración de la peste que á veces es de meses y hasta años, estando recomendado su uso á las personas que habiten con un apestado y á las que cuiden al mismo. Tiene pues el suero mayor importancia como curativo ya que

en la India ha dado un 50 por 100 de curaciones con cuyo dato queda demostrada la bondad, sino absoluta al menos relativa de este suero pues hay que tener en cuenta que la peste produce más del 90 por 100 de muertos en los no inoculados por ser dicha epidemia la que produce, como queda consignado anteriormente, mayor mortandad.

La manera como administró Jersin el suero antipestoso consiste en inyectar la mayor cantidad posible, y al día siguiente de la enfermedad inyectar de nuevo 20 ó 60 centímetros cúbicos de una vez y hacer si hay necesidad otra inyección los días siguientes. Cuando el suero se ha propinado en los primeros días ó bien no aparecen los bubones y los síntomas más alarmantes de la peste ó si aparecen se disipan en algunas horas; si la inoculación se verifica tardíamente no se puede entonces evitar que supuren los bubones y muchas veces es impotente si la enfermedad está muy avanzada.

Al observar Lustig las exíguas propiedades profilácticas del suero Jersin ideó una vacuna con la cual hizo varios experimentos dando por resultado una vacuna que lleva su nombre y que inoculada al hombre en cantidad de 5 centímetros cúbicos y después de tres inyecciones le confiere inmunidad durante algunos meses á diferencia del suero Jersin que sólo duran tres semanas sus virtudes preventivas; Lustig sostiene que su vacuna no sólo es preventiva sino curativa, y cita para probarlo algunos ejemplos y aunque su vacuna no es de efectos tan rápidos como el suero, pero en cambio sostiene que el número de curaciones es mayor.

Otro suero existe profiláctico y curativo á la vez, aunque al parecer son mayores sus propiedades preventivas que las curativas, este suero es la linfa de Haffkine, linfa muy enérgica ya que pocos milímetros bastan para matar á un ratón por lo que al aplicarla al hombre tiene que ser en pequeñas dosis y á grandes intérvalos de tiempo para que no mate. Tiene no obstante dos ventajas, la primera que administrada con prudencia no ha ocasionado nunca la muerte y la segunda que su poder inmunizante es mayor que las anteriores, habiendo dado en Bombay muy buenos resultados como agente profiláctico ya que más de ocho mil personas fueron tratadas por la linfa Haffkine y siendo setenta las atacadas de peste murieron solamente nueve.

Estos son aunque muy á la ligera los procedimientos curativos de la peste. ¿Está resuelto el problema? No, lo que hemos logrado ha sido disminuir la proporción terrible de muertos comparada con los atacados, si en lugar de un 90 por 100 de muertos hemos llegado á un 50 por 100 hemos progresado bastante más nos queda todavía ese 50 por 100 cuya cifra es todavía, para nosotros, aterradora y es de esperar que la medicina actual no se detendrá en el camino de la curación de esa tan terrible enfermedad infecciosa y que en cumplimiento de su deber en aliviar á la humanidad doliente irá en busca de un *plus ultra* y no cejará en su empeño hasta ver borrada del cuadro de la patología la peste bubónica.

MANUEL PARÉS.

CARNAVAL

Llegaron ya los días del Carnaval, triste recuerdo de antiguas bacanales, días en que el pudor es escarnecido, en que la vergüenza se desconoce, en que más de una verdad se patentiza. Cuantos y cuantos en estos días aparecen impunemente en público tal como en realidad son, que pueden decir lo que sienten sin temor á la moral ya que esta avergonzada se eclipsa, que se entregan con entera libertad á los excesos del vicio, del libertinaje sin temor de ser descubiertos, sin temor á que escudriñadores ojos en ellos se fijen; se tapan la cara y descubren la inmundicia que en sus pechos se encierra. Celebran Carnaval, más no van sólos, son muchos muchísimos más los que no han de menester estos días para hacer sarcástica befa de lo más santo de lo más sagrado, son muchos muchísimos más los que no necesitan cubrirse la cara para proseguir alegres por la denigrante senda de la prostitución ya que la vida para ellos es lúbrica farsa, refinada hipocresía y el escenario do representan, el eterno Carnaval de la sociedad.

El político que dice lo que no siente, que figura lo que no es, continuo Carnaval representa; el amigo que traicionando finge amistad y el ignorante de falsa sabiduría disfrazado, y el ladrón en la capa de la honradez envuelto, y el sensual que de moral sienta cátedra, Carnaval sin fin representan; y

la doblez de continuo se tapa con el disfraz de la buena fe, y la mentira se esconde tras la verdad, y la hipocresía tras la virtud, y la gloria la obtienen á expensas de iniquidad, y la forma se amasa con lágrimas de dolor arrancadas de innumerables víctimas.

¡Oh Carnaval perenne de la desenfrenada sociedad para llegar á tu fin todo lo tienes, nada te falta! Extraña mezcolanza es el ruído de su voz de ayes y alabanzas, de cantos é imprecaciones, de tristeza y alegría, de esperanza y desespero, de placer y de blasfemia; su figura es hermosa con una hermosura horrible, es siniestra y atractiva: acariciando tortura y amando mata. Y no le faltan á esta sociedad, á este continuo Carnaval de la vida sus fiestas extraordinarias, sus espectáculos y sus cabalgatas; también las tiene y con locura las celebra. Propaganda para fraguar planes maquiavélicos en detrimento de los más sagrados intereses; la libertad esclavizada; el pueblo vendido; pingües rentas obtenidas á costa de la existencia de millares de obreros; grandes capitales, inmensas fortunas, montones de oro adquiridos *honradamente* pero que á poder ser partidas las monedas sangre de ellas manaría; el rico contra el pobre y éste contra aquél; procesos escandalosos en los que, como dice acertadamente un escritor, la justicia queda escondida entre los pliegues de las negras togas de los magistrados que la representan; guerras inícuas en las que lejos de defenderse á la patria se *manda* defender la ambición desenfrenada de unos pocos; la anarquía en auge y el crímen divinizado y el escándalo, por fin, de todas clases á la orden del día, y he aquí las tétricas cabalgatas, los espectáculos, las fiestas extraordinarias del verdadero Carnaval. Y todas estas cabalgatas, todas estas fiestas, todos estos espectáculos tienen lugar, se celebran en nombre de la civilización, en nombre de la humanidad, de la honradez, de la moral, de la patria, de la justicia, escarneciendo sarcásticamente sus nombres, profanándolos, manchándolos con lodo sacado de la sentina inmunda de nuestra moderna sociedad.

—

Y llegaron otra vez los días del Carnaval, días llenos de vida, esparramando por doquier tristes alegrías, dañinos placeres, llenándolo todo con su estridente bullicio y la Juventud trocando una vez más su disfraz ordinario por otro más lleno de gracia, más provocador corre calles y plazas atareada, infatigable siempre, y en su vertiginosa marcha se encuentra con otro ser cuyo disfraz más abigarrado, más

provocativo dispierta en ella extraños sentimientos, quizás envidia... y se lanza á su encuentro, y la para, y la saluda y... «compañera... la dice con voz chillona, donde vas, quién eres, de donde saliste, ¿qué es lo que tienes que todos jadeantes tras tí corren, qué les ofreces que tanto te veneran? ¿qué clases de sorpresas les preparas?»...

«No, no me conoces aún, no puedes conocerme, respóndele altanera... déjame, huye de mí, te contaminaría, te conozco demasiado, no me sirves, eres débil y cándida, fácilmente te engañarían»...

Y así hablaron, hablaron mucho y por fin la Juventud con sus mañas hizo descubrirse á su compañera, la que mostrándole el rostro, ¿me conoces? la dijo; yo soy la Sociedad, yo soy esta Sociedad que tú adoras, por la que tú suspiras; soy lo que entre flores pone las espinas, yo mezclo la dicha con penas; yo soy la que levantó muy alto á mis predilectos para verlos después caer con más estrépito; soy la que me burlo de todos y de todo; soy, en fin, inmensa caverna de feroces animales que mientras son por igual fuertes se respetan, reina la armonía entre ellos, más ¡ay! del que se muestra débil, pues hago que sus fingidos amigos se le abalancen *para socorrerla*, y con fingidas caricias, abrazándola, la opriman fuertemente hasta dejarla extenuada, sin vida para reir después, para celebrar lúgubre festín con sus sanguinolentas y palpitantes carnes; yo soy todo esto... soy la Sociedad.

Huye, apártate de mí... ves á divertirte, ve á reir, á reir mucho, aún que el rumor de las cínicas carcajadas filtrándose por carcomidas ventanas llegue á los sotabancos ó al interior de húmedas y miserables casuchas para hacer allí befa sarcástica de la miseria, burla de aquellos que careciendo de un duro trozo de pan más que séres humanos parecen espectros fantásticos salidos de las tumbas... ve á divertirte, á gozar del mundo, que no naciste, no, para sufrir... ve al baile que allí tu presencia se reclama, allí faltas, es tu elemento... al baile, al baile...

Y lozana la Juventud se alejó llena de vida, esparramando por doquier ilusiones y alegría en tanto que la Sociedad continuando su interrumpida marcha, ya repartía venturas, ya penas, miserias y torrentes de amargas lágrimas.

AGUSTÍN CULILLA Y GIL.

EL ÚNICO REMEDIO[1]

Una mesa de pino y cuatro sillas forman el mobiliario del cuarto que sirve de comedor, sala, salón de lectura y en fin, para casi todos los menesteres de la casa, en una modesta estancia situada en uno de los arrabales de esta populosa ciudad.

Apoyado de codos sobre la mesa está un hombre leyendo un impreso á la luz mortecina de vieja lámpara de aceite; en un ángulo del comedor está sentada su mujer meciendo con el pie la cuna donde descansa un niño de pecho, y á su lado tiene á una niñita de unos cuatro años que juega con su muñeca de mofletes colorados que le trajeron los Reyes á pesar de las críticas circunstancias en que se hallaban estos señores en aquella casa.

Mientras Ramón devora con avidez lo que dicen las letras de molde, Juana cuenta los granitos del rosario, como si no supiera ella de sobras cuantos son; en la cama duerme el pequeñín con toda satisfacción, sin preocuparle nada, con la satisfacción y felicidad de la inocencia, y la niña, á pesar de sus pocos años, ya se siente madre y parece que con sus caricias quiere decir á la muñeca: «no llores, no llores», creyendo tal vez la inocente criatura que aquel cuerpo relleno de serrín con cabeza de cartón en quien tiene puestos sus cuidados necesita de estos.

. . . . . .

De repente el que lee da en la mesa un fuerte golpe que paraliza las cuentas de Juana, despierta al inocente de la cuna y hace interrumpir sus coloquios con la muñeca á la rubita de cuatro años que mira á su padre con extrañeza...

¡Malditos sean! exclama éste entre dientes, y se pone á pasear de un extremo á otro de la habitación pensando en las últimas palabras que había leído en la hoja dirigida á los obreros huelguistas excitándoles á continuar haciendo guerra á muerte al capital, á los patronos que los tienen esclavizados... Había, pues, que sostener la huelga. Pero y sus hijos; ¿qué iba á ser de ellos? y su pobre Juana ¿conqué contaba sino con su jornal para mantenerlos á todos?... ¡Y paseaba, y paseaba, de un extremo á otro del comedor mien-

(1) Leída por su autor en la solemne sesión pública celebrada el 26 de Enero de 1902.

tras ardía en su cabeza un mundo de rencores, dudas, recuerdos, odio á todo y el más ardiente amor á su mujer é hijos!

Ya no les fiaban en las tiendas, ya habían empeñado todo lo empeñable y consumido el riconcito que guardaba Juana en la alcancía, y lo que era más triste aún, no podía trabajar aunque su familia le pidiera pan porque primero era el compañerismo que el amor á su mujer é hijos! ¡A tales aberraciones llevan los egoísmos de los de arriba y las imposiciones de los de abajo, los desenfrenados deseos del goce de la vida en los unos y en los otros, y en fin la falta de conformidad en los hijos del pueblo y de caridad cristiana en los amos!

Dan las nueve, Ramón toma la gorra y se marcha, mientras Juana va á acostar á la rubita que ya se está durmiendo y que no quiere que su muñeca duerma sola sino con ella... y luego va á asentarse al lado de la cuna á esperar que vuelva su marido del mitín, de donde no sacaba más que odio y desesperación y nada de resignación y paciencia de que tanto necesitaba. ¡Pobre Juana! ¡Quién le hubiera dicho que aquel Ramón del pueblecito de la montaña donde nacieron ambos y donde los unió para siempre la bendición del Señor Cura, aquel Ramón que era de tan buen carácter, tan alegre, tan complaciente había de volverse tan adusto, tan triste, tan desesperado; aquel Ramón que ella conoció tan dichoso en medio de la pobreza en su pueblo natal, cuando sólo Dios les había dado su primer hijo, aquella rubita de cuatro años, era ahora tan infeliz á pesar de haber logrado venir á esta gran ciudad, sueño de toda su vida y en la que creyó mejorar su posición, como así fué pero á costa de la paz en su hogar, la esperanza en días mejores y sobre todo la confianza en Dios de que tan necesitado se encontraba en medio de la situación en que las circunstancias lo habían colocado. Con estos pensamientos la pobre madre, que tan pronto dirigía sus ojos á la cuna como al cuadro de la Virgen que estaba encima de ella, durmióse y soñó, y en sus sueños vió á unos caminantes en medio de un desierto que iban huyendo para salvar al Hijo de sus entrañas... Sí, no cabía duda era la Sagrada Familia que avisada por el ángel huía á Egipto; y ¿por qué no habían de huir ellos para salvar del hambre á sus hijos y hallar la paz que habían perdido? ¿Pero á donde?... Y le pareció ver que el ángel les mostraba un pueblecito en la falda de una montaña que ella conocía mucho, lo mismo que su Ramón y...

En esto llaman á la puerta, se despierta y corre á abrir. Era Ramón que volvía.

Este al salir del mitín había ido con otros á la taberna á tomar una copa y allí después de acaloradas discusiones entre unos y otros se marcharon todos y él se quedó, y entre su incertidumbre, su desesperación, el amor á su familia, sus dudas sobre la veracidad de los que habían hablado en el mitín que con gran aplomo decían que de todo eso quien tenía la culpa era *el clero*, su aburrimiento de la vida y su negro porvenir quedó en un estado de sopor en que ni dormía ni estaba despierto pero en pleno dominio de «la loca de la casa», de la imaginación... Y apareció también ante su memoria ¡extraña coincidencia! su pueblo natal donde aún vivían sus padres, donde conoció por vez primera á su Juana... y veía á ésta con su capucha yendo á misa á la parroquia, y á él vestido de fiesta con su traje de pana y su nueva barretina acompañando á aquella al salir de la iglesia... ¡qué dichosos tiempos aquellos!... ¡Ah! ¡Pero entonces era muy ignorante! No leía periódicos, ni hojas sueltas más que los que repartían el domingo en la iglesia, ni siquiera sabía lo que era el mitín, la solidaridad, la huelga, la emancipación del obrero, ni conocía á los llamados redentores del pueblo, pues nunca había tenido noticia de otro Redentor que el de todos los hombres: el obrero de Nazareth!

¿Y después? Después, cuando llegó á la ciudad, le hicieron abrir los ojos, y vió lo que no había visto nunca; que habían varios redentores, sólo que al cabo de algún tiempo notó que los que se titulaban también obreros y los arengaban en varias ocasiones, no tenían como él, las manos callosas por el trabajo, y además en el mitín de aquella noche le había entrado una duda terrible: la de que quizás eran explotados por servir de medio para encumbrarse alguno... y se apoderó de él el desaliento... y vió en sus sueños una negra sombra que lo envolvía á él y á su familia... y otra vez pensó en sus hijos... y le salió de nuevo al paso, como luz en medio de la obscuridad, la imagen de su pueblo...

En estos pensamientos estaba cuando oyó una voz que lo llamaba. Abrió los ojos y vió al mozo de la taberna que entre imperioso y burlón le decía: ¡Ola compadre ya basta de dormir la mona! ¡Vaya á dormirla á su casa!

—Si supiera lo que me pasa quizás no hablara así! le respondió y marchóse apresuradamente, mientras el mozo con risita burlona decía: «sí, sí ya me supongo lo que tiene!

——

—¿Sabes Juana—le dijo al llegar—que he tenido un sueño muy raro?

—¡Y tú Ramón si supieras el que yo he tenido!

Resultado: que á los dos días tomaban el tren con los realitos que le había proporcionado una señora caritativa perteneciente á las Conferencias de San Vicente de Paúl, que compadecida de la pobre Juana iba de vez en cuando á su casa. Al llegar al pueblo los padres de Ramón se derritieron en lágrimas de alegría besando á sus nietecitos... ¡ya se sabe lo que son éstos para los abuelos!

Ramón al cabo de unos días de estar en su pueblo encontrándose en un corro formado por el médico, el secretario, el cura y algunos mozos del pueblo se vió obligado á contar sus peripecias de Barcelona y se habló sobre todo del tema del día lo que más trabajos le hizo pasar las huelgas. Allí después de emitir cada cual su parecer sobre sus causas y remedios tomó la palabra el cura y dijo estas que encierran la moraleja del cuento: Los males del odio con el amor se curan, y á éste hay que buscarlo en la fuente inagotable: Dios.

ANTONIO BRUNA DANGLAD.

LEYENDA DE CASTILLA EN TIEMPO DE D. PEDRO I

I

JUAN PASCUAL

A mediados de agosto del año 1356, fueron sorprendidos por una fuerte borrasca, en los alrededores de Sevilla, dos cazadores que regresaban de una de sus expediciones campestres arrastrando sus diestras las respectivas caballerías que sin aliento y más muertas que vivas seguían á sus dueños rendidas de cansancio.

Era á la caída de la tarde. La lluvia aumentaba progresivamente, el viento lanzaba fuertes bramidos y los truenos y relámpagos se repetían sin demora; alguna que otra vez resplandecía la llama de una encina incendiada por la voraz tea del rayo, que enroscándose á gran altura se enhiestaba convertiéndose en faro luminoso para los

múltiples peligros que por allí existían aumentando el terror de aquel lugar.

Nuestros cazadores temerosos ante el peligro y extraviados por completo entre aquella densa obscuridad, viéronse obligados á pedir socorro con sus cuernos de caza antes de perecer en la tormenta. El eco solamente repetía sus agudos y prolongados sonidos que en medio de aquel mudo silencio producían un efecto tan triste como majestuoso.

El Guadalquivir que pasaba muy cerca de ellos lanzaba roncos sonidos arrastrando entre sus bullidoras aguas ramas y árboles enteros desarraigados con la impetuosidad de su corriente; la tierra se desmoronaba tornándose blanda y miles y miles de vertigiosas é intrépidas corrientes cruzaban el terreno en todas direcciones.

Por fin tras incesantes llamadas otro cuerno de caza respondió al de los cazadores, llegando á distinguir por el resplandor de un relámpago, á un hombre que colocado sobre cierta altura procuraba descubrirles. En seguida se dirigieron hacia él y al cabo de pocos minutos se hallaban en su compañía.

—La Virgen y Santiago os bendigan—dijo el más joven de los cazadores al desconocido.

—Ellos nos protejan—añadió este emprendiendo la marcha por sendas y caminos escabrosos.

Pasaron varios atajos, salvaron algunos peligros y en poco tiempo llegaron á la rústica cabaña, lugar de refugio.

Al llegar en su interior mientras los ginetes sacudían sus sendos capotes que llevaban empapados del agua torrencial que á cántaros rotos caía.

—Descansad—les dijo el desconocido y mojad vuestras gargantas con vino de mi cosecha.

—Con mucho gusto—añadió uno de los cazadores—que á fe mía bastante necesidad tenemos.

—¿Os habéis quizás perdido entre estos matorrales?—preguntoles con gran sencillez aquel rústico habitante.

—Tanto como perdernos, no, pero temíamos ser juguete de esta tempestad—respondió el más viejo de los compañeros.

—¿Como os llamáis?—añadió el otro—tras breve pausa.

—Juan Pascual para serviros—respondió respetuosamente.

—Pues permitidme Juan Pascual que estreche vuestras manos entre las mías, complacido del arrojo y serenidad que mostráis ante los peligros.

Juan Pascual se inclinó cortésmente estrechando entre las suyas las manos de su huésped que le interrogó con la siguiente pregunta:

—¿Qué oficio tenéis, Juan Pascual?

—El de labrador, monseñor.

—¿Son pesadas las faenas del campo?

—Regulares... basta aclimatarse á ellas para encontrarlas ligeras, y más si se ven coronadas con fruto como el que vuestras señorías probarán de las mías.

Y sin decir nada más desapareció de la estancia llevándose los fatigados caballos que aún soportaban los rigores de la tormenta.

—Me parece amigo Fernando, que nuestro salvador es un buen hombre—murmuró el más joven de los cazadores al encontrarse sólo con su compañero.

—Lo mismo pienso, mi señor—respondió el otro.

—Pero á pesar de todo guárdate de pronunciar mi nombre; podría muy bien suceder que fuese partidario de mis hermanos bastardos y encontrar en esta casa la hospitalidad del sepulcro en lugar de un asilo seguro.

—Seréis obedecido monseñor—respondió el Conde Fernando de Castro, inclinándose respetuosamente ante don Pedro I de Castilla, que tales eran aquellos dos cazadores.

Al cabo de poco tiempo presentóse Juan Pascual cargado de comestibles.

—Cuando gusten mis señores—dijo—pueden satisfacer su apetito. Los caballos están en lugar seguro y perded todo cuidado que nada les faltará.

El rey y su compañero se acercaron á la mesa. Don Pedro al ver que el labriego permanecía en pie y á cierta distancia le dijo:

—Juan Pascual, sentáos junto á la mesa y cenad con nosotros.

—No puede ser.

—Porque no, ¿habéis cenado quizás?

—No monseñor, pero los nobles jamás alternan con los plebeyos.

—Y como sabes que somos nobles—murmuró Fernando.

—Basta fijarse en vuestro porte, en vuestros trajes y en vuestras armas para deducir que hay esculpido en vuestros palacios algún noble blasón.

—Pues á estos nobles les satisface tu compañía—añadió el rey—y se muestran orgullosos al compartir sus bocados con un hombre tan valiente como vos.

—Señor—balbuceó Juan Pascual inclinando la cabeza.

—Y más—añadió Don Pedro—desde hoy te nombro servidor distinguido en mi casa si nada te impide seguir mis pasos. ¿Aceptas el cargo?

—Sólo para esta noche porque sois mi huésped y me honro en serviros.

—Como—replicó el rey—y para después lo rehusas.

—Sí, monseñor.

—Te obliga tu familia.

—No porque por desgracia esta empieza y concluye en mí.

—Entonces es tu voluntad quien se niega...

—La misma.

—Y si fuese un magnate quien te ofreciera el empleo: ¿té negarías entonces?

—Mas que nunca.

—Y si fuese el mismo rey.

—Rehusaría en extremo porque prefiero ser el ínfimo de sus ciudadanos, que el último de los lacayos que ocultan sus vilezas.

—¡Diantre!—exclamó el rey—paréceme Juan Pascual que desprecias á la nobleza y odias á tu rey.

—Ni desprecio á la nobleza, ni odio á mi rey, monseñor, pero muy malo es su proceder en el reino.

—¿Porqué?

—Porque olvida que existe la justicia y que hoy más que nunca hay necesidad de practicarla.

—¿Y en qué os fundáis para decir esto?

—Pues en los sucesos que diariamente pasan en Sevilla. Cada noche se cometen nuevos robos y asesinatos y ni el rey ni el alcalde procuran extinguir esta bandada de malechores; antes al contrario el mismo Don Pedro con sus desórdenes y vicios parece que se complace en dar ejemplo y libertad.

El rey al oir esta respuesta se turbó ligeramente y fijó la vista en su amigo el Conde Fernando de Castro que palideció por completo.

—En esto el rey nada tiene que ver; es asunto particular del alcalde y él es el único responsable de tal proceder—añadió el Conde.

—Pues sería necesario que Don Pedro le ajustase las cuentas ante la ley y que después le hiciera responsable con su dinero y cabeza de todos los robos y asesinatos que no descubriera.

—Y vos creéis que con esta imposición habría quien aceptase la vara de alcalde—murmuró el rey.

—Sí, monseñor.

—Lo dudo.

—Mal hacéis pues gustoso la aceptaría todo hombre honrado.

—Y pensáis que en estos tiempos existe algún hombre que pueda llamarse honrado.

—Sí, monseñor; existe alguno que por fortuna lo es, exclamó el labriego pundonoroso.

Pasó un rato en silencio interrumpido solamente por la tormenta que aun reinaba en el exterior. El rey y su amigo varias veces se cruzaron la vista de un modo significativo.

—Me gusta tu carácter Juan Pascual—dijo por fin Don Pedro rompiendo el mutismo y apurando el último vaso de vino.—Eres más noble de corazón que la nobleza misma y más justo que un tribunal justiciero.

—No soy más que un honrado ciudadano,—replicó el labriego—que cumple con su deber, monseñor. Cincuenta años pesan en mi canosa cabeza y siempre he sido, soy y seré el mismo; amo á Dios, obedezco á la ley y respecto á mi rey y señor.

—Comprendo tu hidalguía, rústico labrador—añadió el monarca—y eres digno de alabanza. Te prometo—continuó después de una pausa—que otro día continuaremos lo que hasta aquí hemos hablado. Muéveme gran interés tu persona, pues jamás daré al olvido cuanto has dicho esta noche. Ya es muy tarde y el cansancio rinde mi voluntad y mi cuerpo pide el descanso. Sírvate designar nuestras celdas.

—Como gustéis—añadió introduciéndoles en el interior de la cabaña.

—Ahí la tienen mis señores—dijo mostrándoles una celda decente y convenientemente arreglada.—No puedo ofreceros otra mejor, porque no la tengo.

—Gracias, Juan Pascual—dijo D. Fernando.

—Descansad con Dios caballeros—añadió respetuoso Juan Pascual.

—El os guarde—murmuró el rey cerrando la puerta.

Al instante reinó el más religioso silencio en toda la cabaña.

Los dos cazadores antes de entregarse al descanso se ocuparon largo rato de las duras y á la par significativas palabras que el labrador había pronunciado admirando su firmeza y convicción de ideas y este después de reflexionar sobre lo que había dicho en presencia de aquellos y sobre la procedencia de los mismos, alejó todo temor murmurando para sus adentros.

—Al fin y al cabo dije la verdad, Dios ha oído mis palabras y El juzga mejor que los hombres mis sentimientos.

Arregló el pienso para los caballos, cenó lo acostumbrado, tendió un par de mantas junto la entrada de la cabaña para guardar mejor á sus huéspedes, se acostó en ellas y durmió tranquilo y satisfecho.

Al llegar la aurora del día siguiente el rey Don Pedro de Castilla y su compañero el Conde Fernando de Castro, se despidieron de Juan Pascual mostrándose sumamente agradecidos por la buena hospitalidad que de él habían recibido.

JUAN GÜELL Y FERRER.

(Se continuará).

CONSAGRACIÓN A MARÍA

Desnudo de virtudes y henchido de esperanzas
mostrando en mi semblante, vergüenza y confusión,
acudo hoy á tus plantas, buscando bienandanzas,
ganoso de tu gracia y ansiando tu perdón.
Y si desnudo y flaco de méritos me vieres,
no por eso me arrojes, María, de tu altar,
Yo soy el hijo pródigo que en busca de placeres
un día se alejara de su paterno hogar.
Yo soy la golondrina que en inconstante vuelo
retorna al nido amado que ayer abandonó.
Yo soy también el águila que se remonta al cielo
y el áspero peñasco desdeña, en que nació.
Y aunque mi fuerza es poca, mi espíritu atrevido
me arrastra vigoroso y en alas de su aliento

hasta tu trono llego y á tus plantas rendido
quisiera madre mía, decirte lo que siento.
Pero mi torpe lengua y mi mezquina ciencia
serán de mis afectos muy débil expresión,
porque ¡ay! si para hablarte me falta inteligencia,
en cambio para amarte me sobra corazón.
Ya sé que no merezco, de tu pecho el favor,
que es mísero el tributo que puedo yo ofrecerte,
que mi manchado espíritu no es digno de tu amor.
Ya sé, que Luis Gonzaga, por vez de merecerte,
al pie de tus altares el mundo renunció,
y sé que consumido por tu amor sacrosanto,
su vida en cada instante valiente te ofreció.
Ya sé que tu alma pura, rendida á efecto tanto
le franqueo las puertas de la eternal mansión
y sé que luego en ella con gozo recibido
fué el hijo predilecto de tu fiel corazón
Lo sé; más no por eso me arredro, ni intimido.
que aun siendo Luis Gonzaga tu servidor más fiel
y aún siendo él esforzado y siendo débil yo,
si bien lo considero, para llegar á él,
me faltará su aliento, su afecto quizás no.
Las olas de la vida, con su ruda crudeza
hicieron muchas veces mi nave zozobrar,
y siempre tus miradas calmando su fiereza
salvaron á mi espíritu cuando iba á naufragar.
Tú siempre cariñosa, tú siempre liberal
guardaste mis virtudes con santa diligencia,
mis yerros olvidastes con celo maternal.
De allí nació mi afecto que viendo tu excelencia
quisiera que tu nombre doquier se bendijera
que el mundo se postrara ferviente ante tus pies,
que en todos tus espíritus tu voz repercutiera
y que en tu torno vieras, los que alejados ves.
Quisiera tener, madre, la fuerza que me falta,
quisiera mas constancia. más firme decisión
que si un firme carácter mi voluntad esmalta,
si se hace más constante mi amante corazón,
con esforzado aliento, con alma decidida,
mis fuerzas... cuanto puedo, lo rendiré en tu honor.
Doquiera que me arrastren las auras de la vida
yo quiero ser el eco de tus frases de amor,
yo quiero ser la lira que entone tus loores
yo el aura que publique doquiera tus victorias,
yo el alma de tus hijos, yo amor de tus amores
caudillo de tus huestes y heraldo de tus glorias.
Y sí señora juzgas, mi anhelo exagerado,
yo quiero por lo menos, ser parte en tus contiendas,
si no he de ser caudillo al menos ser soldado,
si no heraldo glorioso, rendirte mis ofrendas.
Yo quiero consagrarte, María, mi existencia
yo quiero que mi pecho se esfuerce en agradarte

que sólo en comprenderte se esmere mi conciencia
y que mi acento nunca, se canse de alabarte.
Así reconquistando tu gracia y tu favor,
si llego hasta la gloria podré decir á Dios:
Mi madre fué la vuestra, y esclavo de su amor
en él hallé la gracia, por él llegué hasta vos.

PABLO SÁENZ.

Bibliografía

Flores del libro Santo de los Cantares ó coloquios dulcísimos entre Jesús y el alma, *por el* RDO. P. JUAN ARIMÓN, *Escolapio*.—Barcelona, 1901.

Tal es el título de una hermosa obrita, dedicada al Eminentísimo é Ilmo. Sr. Cardenal José de Calasanz Vives y Tutó, Capuchino, é impresa en los talleres de «La Hormiga de Oro» de esta ciudad, y de la cual se han recibido dos ejemplares destinado á la Biblioteca de nuestra Corporación.

Consta el trabajo de cuatro partes, dividida cada una de ellas en ocho puntos á excepción de la cuarta que contiene nueve. Cada punto va seguido de místicas jaculatorias, unas puramente originales del autor y otras, las más, inspiradas en los Salmos y en textos de San Alfonso M.ª de Ligorio.

La *parte primera* lleva por título «El alma al pie del Tabernáculo,» siendo los de sus respectivos puntos:

1.° «El misterioso atractivo del amor:» Inspirado en el Cant. I.

2.° «El sueño místico ó el alma en conversación con Dios:» en el Cant. V.

3.° «El jardín de las azucenas:» en el Cant. II.

4.° «El Amado escondido en el Sagrario observa á la esposa santa:» en el Cant. II.

5.° «La voz del Amado que llama:» Cant. II.

6.° «El nido de la paloma:» Cant. II.

7.° «El alma entra en el Tabernáculo atraída por las voces amorosas de Jesucristo:» Cant. II. Y

8.° «Retrato y señales de mi Amado:» en el Cant. V.

Puntos todos, llenos de poesía y misticismo; siendo de notar el octavo que glosa perfectamente las palabras del libro de los Cantares: «Mi amado es blanco y colorado, escogido

entre millares. Su cabeza como oro finísimo. Sus cabellos ensortijados, finísimos como la seda y negros como el cuervo. Sus ojos como los de la paloma. Su rostro gentil y fresco como plantas aromáticas. Sus labios, lirios rosados que destilan mirra purísima. Sus manos de oro torneadas llenas de jacintos. Su semblante, su aspecto majestuoso como el monte Libano.» Y los puntos quinto y séptimo inspirados en el conocido Cantar II, 10: *Surge, propera, amica mea, columba mea, formosa mea, et veni...*

La *parte segunda* está rotulada «El alma absorta ante la presencia eucarística y real de Jesucristo, en el Sagrario contempla el gran misterio de la santa Pasión,» y aquí empiezan propiamente los coloquios entre Jesús y el alma, alternando el autor en forma de diálogo entre la *Voz de Jesús* y la *Voz del alma*, hermosos párrafos llenos de amor santo. Los puntos son:

1.° «El alma en la real presencia del Amado:» basado en una paráfrasis del Cant. VI.

2.° «El Tabernáculo santo, á semejanza del huerto de Getsemaní, es para Jesús lugar de oración y de amarguras:» en el Cant. VI.

3.° «Humillaciones de Jesús en su Sagrada Pasión y en el Augusto Sacramento:» Cant. II.

4.° «Jesús azotado:» Cant. III.

5.° «Jesús coronado de espinas:» Cant. III, 11.

6.° «La calle de Amargura:» Cant. IV, 6.

7.° «Jesús enclavado en la cruz:» Cant. XIV, 6. Y

8.° «Sepultura de Jesucristo:» en el Cant. I.

Todos ellos son verdaderamente notables.

Parte tercera, titulada «Unión del alma con Jesucristo.» Son sus puntos:

1.° «Dios y mi alma en el Sacramento Eucarístico:» Cant. I.

2.° «Mi cuerpo sagrario y trono del Altísimo:» Cant. I, 3.

3.° «Convite celestial y manjar angélico:» Cant. II.

4.° «Pan celeste mezclado con miel dulcísima:» Canto V, 1.

5.° «El riquísimo vino del amor:» Cant. I, 1.

6.° «Conversación celestial durante el banquete:» Cant. 5.

7.° «Coloquios dulcísimos del alma con Jesús:» Cant. II.

8.° «Unión de corazones:» Cant. III.

9.° «Sobresale el punto séptimo inspirado en el Cantar II, 11, *Flores apparuerunt in terra nostra, tempus putationis*

advenid: vox turturis audita est in terra nostra, que es el más espiritual de todos.

Parte cuarta y última. «Transfiguración del alma en Jesucristo.»

Punto 1.° «Nueva vida y nuevo ser de mi alma:» Canto I, 12.

2.° «Cuerpo, miembro y corazón transformados en Jesucristo:» Cant. I, 11.

3.° «El pensamiento de mi alma unido á Jesucristo:» Cant. VIII, 6.

4.° «Mi voluntad y deseos en Jesucristo:» Cant. I, 10.

5.° «Mis oraciones y mis obras santificadas en Jesucristo: Cant. 5.

6.° «Mi fe y esperanza unificadas en Jesucristo:» Cant. 26.

7.° «Mis penas, mis cruces y trabajos unificados en Jesucristo:» Cant. IV, 34.

8.° «Mi Amado todo para mí y yo todo para Él ó el cielo es mi corazón:» Cant. 6. Y

9.° «Vida feliz y de amor:» Cant. I, 14-15.

Procede á estas cuatro partes una *Oración al Corazón Amantísimo de Jesús*, que lleva por lema un texto del evangelista San Lucas, y las corona otra oración que viene á ser una ferviente jaculatoria.

Contiene á continuación este librito, la traducción castellana del *Te Deum laudamus*; la Adoración de las cinco llagas de Jesús; el método para oir la santa Misa para recibir la Sagrada Comunión y para dar gracias después de la misma; visita al Santísimo Sacramento y la traducción del Cántico de San Buenaventura dedicado á la Virgen.

Llegado el momento de emitir el juicio que nos merece dicha obrita, diremos que se recomienda en primer término por el buen método en ella empleado, propio para toda clase de exposición doctrinal, como puede verse en la enumeración de las ordenadas materias que acaba de hacerse; además por su sencillez que la hace asequible á todas las inteligencias; y en especial es digno de mencionarse el ambiente saturado de piedad y misticismo que respira su fondo, que juntamente con la belleza de su forma literaria dan un todo por demás acabado, pudiendo con razón, pues, ser calificada de hermosa la obrita que nos ocupa.

Tampoco puede negarse la nota de utilidad á este librito, que es la que sin duda más le avalora, pues además de contener para los fieles un estímulo á la sólida piedad y mover-

los fuertemente á la oración, es, como dice su autor, á propósito para un día de retiro ó para la vela nocturna en compañía de Jesús Sacramentado; para el mes consagrado al Divino Corazón; para visitar durante todos los días del mes en el Sagrario al amantísimo Prisionero de nuestro amor; para oir devotamente la santa Misa; dar gracias y prepararse para el día de Comunión. Tal es el juicio que hemos formado, creyendo haberlo emitido con entera imparcialidad.

Al felicitar el autor de *Flores del libro santo de los Cantares* y del *Florilegio de niños santos amantes de Jesús Sacramentado*, le rogamos continúe en la publicación de opúsculos tan saludables para las almas, esperando que el que en este momento nos ocupa no será el último que nos dé ocasión de tomar gustosamente la pluma.—J. Sala Bonfill.

Revista de la Quincena

Las huelgas: su aspecto; sus explotadores; el antídoto cristiano.—Un ministro imposible.

En Barcelona han recrudecido durante muchos días las huelgas que con tanta frecuencia se producen en esta ciudad. El carácter de las mismas merece ser calificado de grave, pues días hubo en que holgaron los obreros de todos los oficios, á pesar de que la mayor parte nada tenían que ver con las reclamaciones de los que llevaban la iniciativa.

En abstracto la huelga constituye, bueno ó malo, un derecho de ciudadanía como otro cualquiera, y nada tendríamos que objetar si el ejercicio de este derecho estuviera fundamentado, encaminándose á mejorar las condiciones del trabajo; pero tal como hemos visto llevarlo á la práctica, no puede negarse que las huelgas producidas en Barcelona son un síntoma de perturbación moral que merece ser examinado imparcialmente, para que las personas dedicadas al bien y amantes del orden se apresten á evitar los males que amenazan á la sociedad y procuren encauzar los sentimientos é ideas de la clase proletaria en gran parte sobornada por explotadores sin conciencia que viven regaladamente á expensas del sudor ajeno.

Nótese bien que, aun cuando hay muchos obreros cuya situación es susceptible de mejora, no son éstos por lo regular los iniciadores de las huelgas, ni siquiera los que con mayor empeño las secundan, sino precisamente los que ganan más subidos jornales.

La paradoja que al parecer envuelve esta observación queda resuelta considerando que los huelguistas residen en ciudades populosas donde existen grandes escollos en que frecuentemente se desvía el curso de una vida ordenada y tranquila. Fíjese la atención en el gran número de cafetines—dejemos á un lado las tabernas de

lujo—que existen en Barcelona. A ellos no concurren las clases acomodadas, los *patronos*, sino un gran contingente de la clase obrera; y en esos cafetines se bebe, se fuma, se pierde el tiempo, se lee periódicos disolventes, y sobre todo ¡se juega! Antes el obrero catalán no se preocupaba más que de sus tareas en los días de trabajo, y acudía al café los domingos acompañado de su familia, para proporcionarse un rato de honesto solaz y esparcimiento. Ahora da lástima ver como hay multitud de obreros que necesitan tomar «vermouth» antes de comer, café tarde y noche con los correspondientes tabacos, y todavía les *sobra* dinero para jugarlo á los naipes. Se les ha dicho que todos somos iguales, y ellos hacen á su manera lo que los grandes señores, sin ver lo que conviene á sus propios intereses.

Claro es que no hay jornal que resista semejantes mermas, y como el semanal llega trabajosamente ó no llega al fin de la jornada, sobrevienen con las privaciones disturbios domésticos que contribuyen poderosamente á agriar el carácter de los obreros, y en tal disposición los ánimos, surgen los alborotos y á veces las hecatombes que tan amenudo tenemos que lamentar.

Se dirá que no todos los obreros son así, y que sin embargo todos concurren á las huelgas. Es cierto; pero es necesario tener en cuenta que son muchos los huelguistas *á fortiori*, es decir, contra su voluntad. Y aquí descubrimos un nuevo mal, relacionado con el anterior y que contribuye eficazmente al mismo resultado: las sociedades de resistencia, que son uno de los más calamitosos frutos de la libertad de asociación, que es á su vez uno de los fundamentales principios del moderno liberalismo.

Estas sociedades deben su existencia, no precisamente á los obreros, sino á sus explotadores, que son gente maligna, muy ruín y despreciable. Llámanse éstos á sí mismos *redentores* de la clase proletaria, y con tal engaño suelen vivir holgadamente sin ejercer profesión alguna, ni gozar de rentas propias, sino abriendo el bolsillo á las cantidades que arrojan las cuotas que semanalmente pagan los asociados en las mentadas sociedades de resistencia, promoviendo con cualquier pretexto suscripciones que les favorecen, y en ocasiones valiéndose de su funesta influencia entre los obreros para estipular con los patronos—siempre *mediantibus illis*—bases de arreglo; para obtener actas que les permiten alternar con los personajes de la política, ó para lucrar con la complicidad de gobiernos hijos de la revolución é ignominiosamente por ella esclavizados.

Esos indignos explotadores conocen perfectamente el flaco de una gran parte de los obreros, y por esto han logrado hacerles hechuras suyas, con sólo hablarles á todas horas de libertad, de derechos individuales y de goces acrecentados correlativamente con el aumento de jornal y la disminución de las horas de trabajo.

¿Cómo lograr este *desideratum*? Por medio de las huelgas colectivas. ¿Y cómo lograr que las huelgas paralicen por completo los trabajos? Por medio de las sociedades de resistencia que obligan á todos á obrar como un solo hombre. Y como quiera que muchos obreros, los que viven bien hallados con el cotidiano trabajo, eludirían el ingresar en dichas sociedades, se ha acudido por los medios

más violentos á ejercer coacción sobre los patronos impidiéndoles admitir en sus talleres á los obreros no asociados. Así, basta que al *redentor* le convenga promover una huelga, para que moviendo el resorte de la sociedad de resistencia—cuya junta directiva suele ser hechura suya—la huelga se produzca instantáneamente. «Yo he venido á Barcelona ante todo con el fin de promover una huelga», decía no há mucho desde un balcón de la Rambla uno de esos vividores, sin que la autoridad le fuera á la mano; y efectivamente, á los pocos días surgió una huelga en que ni los mismos huelguistas habían pensado hasta que el vividor manifestó sus deseos.

De suerte que el *derecho* de asociación ha venido á esclavizar á los obreros que trabajan para vivir decorosamente, y el grito de «ni rey, ni amo» sólo ha servido para hacerles juguetes de explotadores que á sus expensas viven cínicamente.

En bien de los mismos obreros y de la sociedad en general, es preciso trabajar en sentido contrario al de los propagandistas cuya mala fe dejamos expuesta.

Desgraciadamente, éstos han logrado un éxito desconsolador. Debemos reconocerlo, para salir con mayor celo al reparo de los males causados.

Obsérvese que los corruptores de la clase proletaria, antes que todo procuraron descristianizarla. Conseguido ésto, el terreno quedó abonado para toda suerte de utopias. Reconozcamos además que á esta obra de descristianización contribuyeron inconscientemente, pero con lamentable eficacia, muchos patronos que en mala hora separáronse de las tradiciones de la clase menestral. «Cuantos conservamos memoria de treinta años atrás—decía no há mucho el cardenal Casañas en ocasión solemne—recordamos la punible conducta de aquellos fabricantes que empezaron á descristianizar al obrero obligándole á trabajar los días festivos, tan sin necesidad que muchas veces tenía que holgar el lunes por falta de tarea. Y hoy que se ha llegado á las últimas consecuencias de esa descristianización, tocan los patronos el resultado de tan triste obra».

El principio de toda reconstitución social consiste, pues, en restablecer el espíritu cristiano en la clase proletaria, empezando por dar el ejemplo las clases acomodadas. Si en los obreros vuelven á influir los sentimientos cristianos, habrá desaparecido la parte más espinosa de la cuestión social, en la que, tal como se desarrolla, no hay vencedores: todos son víctimas, menos los explotadores de marras.

Es preciso trabajar con el afán que éstos, pero con fines opuestos: no para perturbar, sinó para mejorar; no con egoísmo, sinó con abnegación.

Es preciso bullir también entre los obreros, pero no para explotarlos, sinó para atender á sus necesidades; es indispensable captarse sus simpatías, para ejercer entre ellos decisiva influencia; es necesario persuadirles de la nobleza del trabajo, que no es una imposición de los ricos, sinó una ley divina en que descansa toda la economía de las sociedades bien organizadas; é importa además restablecer entre ellos el espíritu de familia, base del bienestar, é inculcarles la sobriedad y la templanza que permiten el ahorro,

pues sin dejar de atender á lo que deba ser remediado, cabe aplicar al salario lo que Franklin decía sabiamente de las contribuciones: que con ser tan onerosas no nos empobrecen tanto como nuestros vicios.

En resumen: es necesario destruir, por los medios que estén á nuestro alcance, la obra nefasta de las sectas, con lo cual saldrán beneficiados en primer término los mismos obreros, á quienes deben alentar los ricos dándoles ejemplo de fe, desinterés y abnegación en todos los órdenes de la vida.

***

El señor ministro de Fomento, conde de Romanones, emprendió un viaje de inspección á la Universidad de Valencia á tenor del plan más ó menos pedagógico que se ha trazado.

Ignoramos en absoluto lo que la enseñanza haya reportado de la visita del señor conde: sólo sabemos que éste aceptó dos banquetes, fruto inmediato de todas las iniciativas progresistas.

En uno de esos banquetes habló el señor conde, lo cual nada tiene de particular, porque español que no hable á la hora de comer—también yo pecador—y más si es ministro, no se concibe en el trascurso de las edades. Nada, pues, tendríamos que oponer, ni haríamos mención de ello, si el buen conde no se hubiera corrido hasta decir que para mejor servir á la Reina (S. M. le perdone) hacía la causa de la revolución, y que para afianzar más y más el trono combatiría sin tregua al clericalismo.

Una observación antes de proseguir. El difunto director de escena Emilio Mario decía que él no se preocupaba por eminencia más ó menos en su compañía, porque sabía hacer de un palo un actor. Esta concomitancia tiene con Mario el Sr. Sagasta: es capaz de convertir en ministro al hombre más torpe del montón político.

Necesítase, en efecto, conocer esa habilidad del Sr. Sagasta para comprender que el ministro de Instrucción pública pudiera soltar los disparates que apuntados quedan, aunque fuera en pleno banquete.

Se ha dicho y demostrado que este señor fué á Valencia mediante el *consentimiento* del agitador masón Sr. Blasco Ibáñez, y aunque sabemos á lo que obligan esa clase de *favores*, nunca hubiéramos pensado que autorizasen para tanto á un consejero de Su Majestad, aunque fuese tan desaconsejado como el conde de Romanones.

¿Cómo puede servirse á la Reina haciendo la causa de la revolución y combatiendo al clericalismo, precisamente después que el Papa ha ordenado á los católicos la sumisión á los poderes constituídos? ¿Es así como responde á la política de Roma un ministro de S. M. C.? ¿No cabe sospechar que la Corona y la Religión han sido vendidas al Sr. Blasco Ibáñez y á la masonería por un puñado de ovaciones demagógicas?

Allá se las arreglen los políticos dinásticos con un ministro que, después de lo dicho, preside una solemnidad académica prescindiendo del retrato de S. M., y que escucha sin protesta el canto de «La Marsellesa» entonado por los mismos que le vitorean. Por nuestra parte, dejando á un lado todo móvil político y atentos sólo á los intereses de la Religión, debemos procurar con todas nuestras fuerzas la caída de un ministro que de tal suerte se ha pronunciado contra la Iglesia.

JUAN BURGADA Y JULIÁ.